



# TIME OUT



**E**l feliz encuentro con Ingrid me animó a hacer algo inesperado: ir al Young Vic. Quería sorprender a Patrick durante el ensayo. Hacía días que apenas nos veíamos y estaba segura de que mi visita lo alegraría. Si me daba prisa, podría llegar incluso durante el descanso. En el edificio del teatro había un bar con una bonita terraza donde, según Patrick, servían el mejor guacamole con nachos del mundo.

Apenas bajé del taxi, admiré el enorme cartel que pendía de la fachada. *El fantasma de Silence Hill*, leí. Sobre un fondo azul oscuro, la imagen de una chica, en una barca, con una máscara en la mano, miraba a cámara de forma misteriosa. Me estremecí al reconocermela antes de reparar en los créditos de la parte inferior. El nombre de Patrick Groen aparecía de forma destacada como guionista, director y actor principal.

Especializado en clásicos y en obras de directores jóvenes, y fuera del circuito del West End, el Young Vic era uno de los teatros alternativos más prestigiosos de Londres. Estrenar allí no era nada fácil, pero

Patrick lo había conseguido con su talento y su esfuerzo, y yo no podía sentirme más orgullosa.

Lo busqué sin éxito en el bar que había justo a la entrada. Tampoco vi a nadie de la compañía allí, y supuse que seguían ensayando. Había una cinta roja que impedía la entrada a la sala, pero el chico de seguridad, que me había visto con Patrick en más de una ocasión, la retiró para que pudiera pasar.

Me senté con sigilo en la última fila para no molestar. Nadie pareció reparar en mí. Era un ensayo general y los actores iban caracterizados.

La sala también había sufrido transformaciones para recrear el estilo decimonónico de Silence Hill. Las butacas de madera habían sido forradas con terciopelo rojo, había candelabros en las paredes, y una enorme lámpara de araña en el techo. Era una pieza única, de cristal, de más de mil kilos, que habían hecho traer desde España para la ocasión.

La voz firme de Patrick dando instrucciones al técnico de iluminación me hizo recordar al amo de Silence Hill. Su tono era autoritario y enérgico, parecía incluso contrariado, como si aquel empleado fuera incapaz de cumplir bien sus órdenes. Miré a aquel chico, con rostro de niño y el cabello recogido en una coleta, y sentí pena por él... Parecía disgustado por la reprimenda.

Sin embargo, un instante después, Patrick ya estaba metido en su papel de actor de nuevo.

Reconocí enseguida la secuencia de mi vida que estaban interpretando. Había ocurrido el año anterior, en la fiesta de Halloween de La Petite Maison, el hotel vecino. Fiona llevaba un disfraz de esqueleto idéntico al que yo había lucido, pero en ella esa sencilla prenda adquiría otra dimensión. Enfundada en aquel maillot negro, de cuerpo entero, que se adhería a sus curvas como una segunda piel, parecía una diosa. Patrick vestía también de negro y sostenía en una mano la careta de *Scream*.

Contuve la respiración al recordar el beso que Patrick –o mejor dicho, Jim– me había dado aquella noche.

Escucharlo de nuevo con acento irlandés me inquietó un poco. Aunque ya lo había perdonado por su engaño, me impresionó volver a verlo interpretando ese papel.

–¿A ti también te han castigado?

Antes de que pudiera entender o contestar las palabras del extraño que había ocupado la butaca de mi derecha, él mismo se respondió con otra pregunta.

–¿Por qué siempre mandarán a los becarios a las obras más infu-  
mables?

Negué con la cabeza sin dejar de mirar al frente, molesta por su comentario.

En el escenario, Jim y Louise mantenían una conversación sobre amos y siervos, sobre el bien y el mal, la moral y el rebaño que sigue las normas sin cuestionárselas solo por el peso de las tradiciones... Luisa hablaba con dulzura, pero con vehemencia.

No recordaba ni una de aquellas palabras, pero en boca de mi alter ego sonaban intensas y llenas de sabiduría. No sabría explicar por qué, pero me sentí ridícula y pequeña al lado de esa chica que me superaba en todo.

–Una pretenciosa revisión de Nietzsche y de su teoría del súper hombre –dictaminó en voz baja mi compañero de asiento, registrando sus palabras en una pequeña grabadora.

Esta vez no pude evitar mirarlo con furia.

–Peter, del *Time Out* –me saludó casi en un susurro extendiendo su mano–. ¿Y tú?

–¿Yo?

–¿Vienes de algún medio?

Mientras pensaba una respuesta, tomé conciencia de quién era ese chico... Y de la repercusión que podía tener una mala crítica suya.

Hacía semanas que Patrick fantaseaba con la posibilidad de una reseña en aquel prestigioso magazine.

–Anna, del... *Tea Time* –improvisé, recordando el nombre de la última revista que había comprado para Madame Perrier.

–¿La que regala teteras y tacitas de porcelana en miniatura?

Noté cómo mis mejillas se encendían, pero aun así me encogí de hombros y asentí mientras fijaba la vista de nuevo en el escenario.

En aquel momento, Patrick besaba con pasión a Luisa –o mejor dicho, a Fiona–. Sentí una punzada de celos al ver cómo sus manos rodeaban la cintura de aquel cuerpo sinuoso, y cómo las ondas perfectas de su cabello –tan diferentes a mis rizos indomables– se balanceaban hacia atrás con el gesto. ¿De verdad era necesaria aquella efusividad en un ensayo? Me obligué a serenarme, diciéndome que aquello era ficción, y ellos, solo dos buenos actores. Aun así tuve que apartar la mirada del escenario durante unos segundos. Era ridículo e infantil sentirse así, pero no podía evitarlo.

–Creo que ahora sí voy a vomitar –le oí decir a Peter mientras hacía el ademán de levantarse.

*Yo también*, pensé, pero en lugar de eso traté de detenerlo.

–No puedes marcharte todavía.

–¿Por qué no? –susurró.

Lo miré fijamente sin saber qué decir. Había un dejo de diversión en sus ojos castaños y en la curvatura de su sonrisa. Tenía la piel bronceada y el pelo rubio y desgreñado, que le otorgaban más aspecto de surfista que de periodista cultural.

–¿Puedo invitarte un té? –pregunté finalmente, tratando de sonar encantadora.

Levantarse a media función, aunque se tratara de un ensayo, no era elegante ni correcto, pero tampoco podía dejar que se fuera con aquella pésima opinión. No sin al menos intentar cambiársela.

—¿Por qué no? *Time Out for a Tea Time* —respondió finalmente, y su propio juego de palabras le arrancó una sonrisa.



Tras ocupar una mesa en un rincón de la cafetería, empecé con mi defensa exaltada de *El fantasma de Silence Hill*. Le hablé de la intención del autor, de su voluntad de mostrar la lucha entre amos y siervos como reflejo de la vida... Le hablé también de la poesía del texto, de la buena interpretación de los actores y de la genial escenografía con los acantilados de Sark.

Peter me miraba divertido y en silencio, sonriendo de vez en cuando con suficiencia mientras bebía su té a sorbitos.

—¿De verdad crees que la obra es buena?

—Sí, y tú también lo creerías si te hubieras tomado la molestia de verla entera.

Su semblante se tornó serio antes de responder:

—Estuve en el pase de prensa del otro día. He entrado al ensayo para ver si algo me hacía cambiar de opinión, pero... sigo pensando lo mismo. Groen no es más que un director egocéntrico y pretencioso, sin un ápice de talento ni de originalidad.

—Pues creo que eres el único que opina así —repuse dolida, antes de recitarle, una a una y de forma casi literal, todas las fabulosas críticas que se habían publicado antes incluso del estreno.

—No te engañes, Anna... La obra es una mierda. Y cualquiera que no sea una becaria inexperta es capaz de apreciarlo, aunque no pueda decirlo públicamente.

—¿Qué quieres decir?

—Muy a mi pesar, yo también firmaré una de esas falsas y ridículas críticas positivas.

Lo miré sin comprender.

–Aprecio mi trabajo y no quiero incomodar a mis jefes ni a los inversores del grupo. Y la fortuna de los Groen es... Te lo diré de otra manera: ¿quién se enfrentaría a su amo?